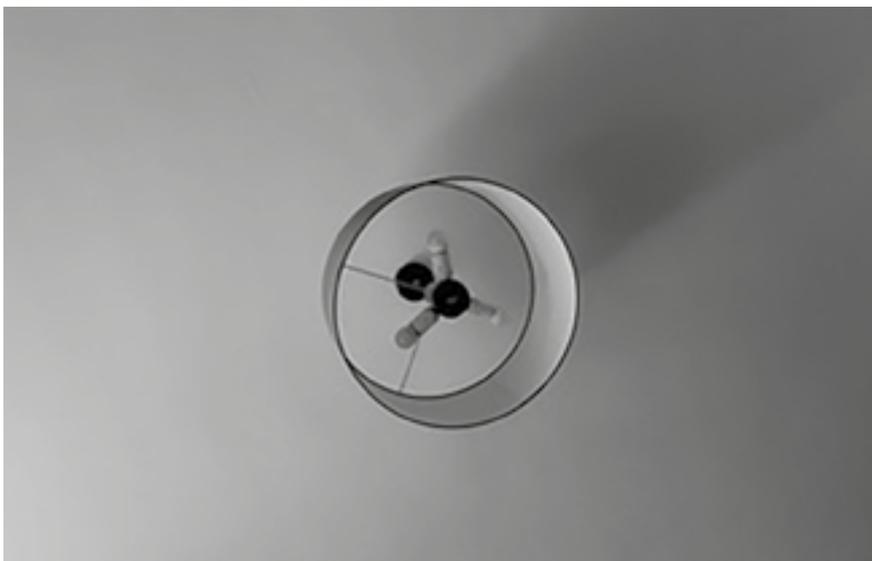


La frontera está en el techo (microteatro)

Carmen Pombero



Tengo que vivir midiendo mis pasos, mis respiraciones, el ruido que hago al lavarme los dientes, el volumen que empleo al discutir con mi hijo para que haga los deberes o se coma toda la verdura. Mi casa, habitada en una especie de tiempo detenido, más bien retenido, de pausa inquieta, de silencio obligatorio. Esto es así desde que las vecinas han empezado a jugar el rol de carceleras de mi confinamiento. Las largas horas del que no tiene en qué ocupar su tiempo, de las personas que teletrabajan, de las que cuidan a un enfermo o ellas mismas son vulnerables al virus, de quienes resisten en su casa bajo el yugo del miedo. Me atacan, con sus medias palabras, sus golpes para que nos callemos, sus censuras por el día en que no salgo a dar los aplausos. Las resilientes nunca hemos sido del agrado de los carceleros. Nuestro ejercicio diario de destierro del temor, pues somos supervivientes de muchas otras tragedias, nuestra tranquilidad frente a la ansiedad, nuestros juegos y



“La frontera está en el techo”, Carmen Pombero, 2020.

risas, nuestras peleas y reconciliaciones, son el objeto de las envidias de aquellas personas que han optado por vivir instaladas en el miedo.

La frontera que ahora habito está en el techo, donde la vecina vulnerable malvive presa del espanto. Pero también está en el suelo, colindando con aquella otra que recela de todo y de todos cuanto la rodean. En la pared de la izquierda siento la vida que a mí se me censura. En la de la derecha, la de quien en vida muere lentamente.

La frontera está en la puerta. No tiene pinchos ni está electrificada. No la custodian perros sedientos de sangre ni guardia con las armas prestas a ser disparadas. Es una frontera muda, vestida de la angustia y la ceguera, compañera del pánico. Infranqueable es esa puerta que antes me unía y ahora me separa de mis vecinas.

